



## ACTO TERCERO

Decoración cerrada que representa un comedor ochavado, y del cual se manifiestan al espectador cinco lados. En el primero de la derecha, una puerta que da á las habitaciones de la Condesa. En el primero de la izquierda, otra que conduce al exterior del edificio. En el segundo lado de la derecha, otra que da á un camarín. En el opuesto, otra ídem. En el fondo otra, con vidrieras de colores, que da al interior del edificio, cruzando una pequeña estancia que contiene el aparador y vajilla del Conde. Mesa y dos sillones.

### ESCENA PRIMERA

EL CONDE y SIMUEL, entrando por la puerta del fondo.

EL CONDE

¡Y á mi palacio así, por vida mía, en el silencio de la noche obscura este oculto camino te traía!

SIMUEL

¡Señor!

EL CONDE

(Con desprecio.)

Y estás temblado de pavora con sólo preguntártelo, ¡cobardel. Y ¿eres tú quien penetra los destinos de mi familia? De ello harás alarde tan sólo entre mujeres y asesinos. ¡Vive Dios! Si quien eres no mirara y no viera quien soy, torpe gusano, en polvo entre mis manos te tornara: mas te honrara matándote mi mano. ¡Eh! No temas, imbécil, de la mía, que victoria tan ruin me humillaría. En fin, si has de salvarte, solamente hay un medio, y lo sabes; sé prudente, y dime al cabo y por la vez postrera si riesgo alguno el individuo corre.

SIMUEL

Probadlo en mí, señor, si eso os altera, y mi existencia vuestra duda borre.

EL CONDE

De traidores cual tú, todo lo temo: fueras capaz, por conseguir venganza, de llevar la traición hasta ese extremo.

SIMUEL

Señor, tan singular desconfianza es indigna de vos. Arrepentido, sólo ese medio espero de obligaros, si no al perdón, al menos al olvido. ¡Y ni aun con mi existencia osáis fiaros!

EL CONDE

Al miedo creo de que estáis transido más que á todos tus lógicos reparos pero sólo, Simuel, sólo á este precio cederá mi venganza á mi desprecio. Piénsalo bien, y sólo de este modo todo lo aparto y te lo olvido todo.

SIMUEL

Y á vuestros pies, señor...

EL CONDE

Alza, rabino,



y ojalá que hoy mi liberal clemencia,  
de conocer te ponga en el camino  
del solo Dios la verdadera ciencia.

SIMUEL

¡Ah, mientras viva rogaré al destino.....

EL CONDE

Ten esa lengua vil, y en mi presencia  
no invoques más poder ni más ayuda  
que la del Dios en quien tu ciencia duda.  
Sígueme.

(Abre el camarín de la izquierda, y le dice mostrán-  
dosele.)

En esta estancia, retirado  
y en silencio estarás; aquí tu suerte  
esperarás, y el término fijado:  
y el éxito será de tu bebida,  
el fallo de tu muerte ó de tu vida.  
Entra, y míralo bien.

(Le cierra y guarda la llave.)

## ESCENA II

EL CONDE

Tiemblo y me espanto  
cuanto medito más la horrible idea.  
¡Que mi madre ¡ay de mí! me obligue á  
[tanto!

¡Que ella la criminal, mi madre, sea  
causa de mi baldón y de mi llanto!  
¡Ella echar sobre mí mancha tan fea,  
sin que pueda decirse en voz del bueno:  
«¡Lleva la mancha del delito ajeno!»  
Arráncame, buen Dios, del pensamiento  
esta idea cruel, desgarradora;  
sopla en mi corazón virtud y aliento  
que resista su fuerza tentadora;  
pon en mis manos y en mi lengua tiento  
para obrar y decir desde esta hora  
lo que cumpla no más al sacrificio  
que comprende no más tu excelso juicio.

(Llaman á la puerta que da al exterior.)

¡Quién va?

(El Conde abre, y sale Sancho.)

## ESCENA III

EL CONDE y SANCHO MONTERO

EL CONDE

Sancho, ¿qué has hecho?

SANCHO

Puntualmente  
vuestro encargo, señor, dejo cumplido.

EL CONDE

¿Le traes?

SANCHO

Se resistió bizarramente,  
pero por fin al número ha cedido.

EL CONDE

¡Muerto!

SANCHO

No: me mandasteis solamente  
que le apresara, y preso os le he traído.

EL CONDE

Está bien. ¿Y la carta?

SANCHO

Iba á romperla,  
mas no le dí lugar.

EL CONDE

Trae, Sancho; á verla.

(Sancho le da el pergamino que Hissem mostró á la Con-  
desa en la escena X del acto segundo. El Conde le  
toma, le mira y le guarda. Después se vuelve, diciéndole  
con mirada penetrante.)

¿La leiste?

SANCHO

Mis ojos jamás osan  
adonde mi señor pone los suyos.

EL CONDE

Mis planes, Sancho, en tu amistad re-  
[posan;  
para velarme, pues, guarda los tuyos.

SANCHO

Lince seré, señor, que vigilante,  
no los quite de vos un solo instante.

EL CONDE

Tú eres no más ¡oh Sancho! mi consuelo:  
hoy á mi madre cuanto tengo inmolo,  
y si tu lealtad me roba el cielo,  
en la tierra desde hoy quedaré solo.

SANCHO

Señor, antes la luz del mediodía  
ha de faltar al sol; antes al viento  
ha de faltar impulso y armonía,  
y á las corrientes aguas movimiento,  
y al suelo sombra en la enramada um-  
y al águila el espacio y ardimiento, [bría,  
y al mar arenas, y al coral esmalte,  
que á vos mi aliento y corazón os falte.

EL CONDE

Gracias, Sancho leal; bien necesito  
un corazón que con el mío lllore  
cuando la mancha de su vil delito  
á los ojos del mundo me desdore.  
Tú solo entonces me darás consuelo,  
de mi secreto cruel depositario,  
y en tanto, por mi bien, pídele al cielo  
que el valor no me niegue necesario.

SANCHO

Si de mi vida ha menester la vuestra,  
hablad, señor, la inmolaré tranquilo.

EL CONDE

No, Sancho: ante otra muerte más sinies-  
que la del cuerpo material vacilo; [tra  
ante otra precisión tiembla mi diestra,  
no acostumbrada á tan traidor estilo,  
y recelos recónditos me oprimen; [men.  
que aunque es una virtud, parece un cri-  
Mas no es posible que tu mente mida  
la intensidad de mi pesar. Montero,  
á ese hombre guarda hasta que yo le pida;  
que no hable á nadie, y de que bien vigi-  
mis castellanos por los muros cuida; [len  
mas que muchos á un punto no se apilen,  
no astuto el moro de las sierras vea  
que vamos á salir á la pelea.

Tomo IV

SANCHO

¿Cuándo será, señor?

EL CONDE

Al mediodía.

Mas antes de partir, frugal y corta  
comida haremos, á costumbre mía.  
Tú solo en ella que nos sirva importa.

SANCHO

Señor.....

EL CONDE

Siempre afanoso, Sancho, se halla  
el corazón más noble y más valiente  
á punto de arriesgar una batalla;  
y es bueno que este afán vele á su gente,  
no vacile ó murmure la canalla:  
dispón, pues, que nos sirvan de repente  
vianda que se ajuste á nuestra prisa.  
Cubre la mesa, y á mi madre avisa.

(Vase Sancho.)

## ESCENA IV

EL CONDE

Llegó la hora fatal, y estoy resuelto.  
Quiero salir cuanto antes de este horrible  
vapor de crimen en que vivo envuelto,  
que esta duda infernal me es insufrible.  
Queden cumplidos de una vez mis votos,  
y sus intentos para siempre rotos.  
Oigo pasos.....; es ella.....; me retiro.  
Siento que suerte tan fatal la aguarde.  
De aquí la acecho y sus acciones miro:  
no quiero que mi vista la acobarde.

(Entra en el camarín de la derecha.)

## ESCENA V

LA CONDESA, saliendo de su aposento.

¡Ayl Parece que tengo en el cerebro  
una hoguera voraz, y á par que él arde,  
dentro del pecho con aliento escaso  
siento que helado el corazón me late.



Trémulos van mis pies, por mis salones  
sin cierto rumbo y voluntad llevándome,  
y siento retumbar dentro del pecho  
el lento son de cada paso que hacen.  
Cada murmullo que en el aire suena,  
cada cortina que estremece el aire,  
que anuncian un espectro me parece  
que con callado pie tras de mí sale.  
Sí al reposo me entrego algún momento  
y al sueño cede mi cansancio grave,  
de espantosos delirios asaltada,  
presa despierto de pavor más grande.  
No puedo más con tan odiosa vida,  
quiero ahogar de una vez tantos afanes.  
Sí, que se cumpla mi destino quiero,  
ya que ha de ser al fin inevitable.

## ESCENA VI

LA CONDESA. SANCHO MONTERO, con frutas  
en canastillos, etc.

LA CONDESA

¿Quién es? Sancho. ¡Ay de mí! Temblé al  
[sentirle.]

SANCHO

Yo soy, señora. ¿Qué ordenáis?

LA CONDESA

¿Qué traes?

SANCHO

De mi señor las órdenes cumpliendo,  
viandas son.

LA CONDESA

¡Tan pronto!

SANCHO

A la lid parte,  
y con permiso vuestro, de hoy dispone  
que la primer comida se adelante.  
¿Vos le acompañaréis?

LA CONDESA

Sí.

SANCHO

Despedirse  
querrá de vos por si malogra el trance.

LA CONDESA

Es justo, Sancho: sus mandatos cumple,  
y al cielo ruega que le ayude y guarde.

SANCHO

Sí, rogaré; mas como buen vasallo,  
iré luego con él para ayudarle.

LA CONDESA

(Todos fieles le son.) Bien dicho, Sancho;  
hidalgo, en eso lo que debes haces.  
(Me da este hombre rubor.)

SANCHO

Ya está la mesa.  
Al Conde avisaré cuando gustareis.

LA CONDESA

No, Sancho, no; le avisaré yo misma.

SANCHO

Como os aplazca mejor.

LA CONDESA

Así me place.

Sal.

## ESCENA VII

LA CONDESA

Ya estoy sola, y la ocasión es ésta.  
¡Ay! Mi razón se turba en tal instante,  
y en cuanto me rodea veo atónita  
la mano del destino formidable.  
Esta mesa, esta estancia solitaria.....  
¡Parece que á propósito lo hacen!  
¡Cielo, de mi virtud siempre enemigo,  
¿á qué ponerme la ocasión tan fácil?  
¡No bastaba ¡ay de mí! que consintiese  
débil mi corazón en despeñarme,  
sin que á la boca de la sima horrenda  
me trajeras tú mismo, que lo sabes?  
Ea, vamos; ayúdame, ¡oh inferno!

(Saca del pecho un pomo.)

Ya la copa fatal tengo delante,  
y mi estrella y mi amor así lo quieren.....  
¡Ay! Pero tiembla el corazón cobarde;  
tiembla mi mano, la letal ponzoña  
sintiendo entre los dedos..... ¡Miserable  
de mí! ¿Cómo he de verle á impulso suyo  
palidecer, temblar y desplomarse?  
Yo no amaba á su padre: en una carta  
fácil era decir: «Va al campo; mátales.»  
Pero ¡á él, yo misma, con mi propia mano,  
tranquilo el corazón, serio el semblante,  
dársela.....; no: le tuve en mis entrañas;  
tiene mi mismo ser, mi misma sangre:  
no, no; que viva, y cámbiese el destino!  
¡Hijo mío!..... ¡Infeliz! Me acuerdo tarde.  
Si vive, hoy mismo le echará de Burgos,  
pues hoy de Burgos contra moros parte,  
y mañana ese Hissem ¡que nunca viera!  
pondrá en sus manos mi secreto infame;  
esa carta fatal que mi deshonor  
al universo entero hará palpable,  
y á seis años de hipócritas virtudes  
el velo criminal fuerza es que arranque.  
Y el insolente vulgo castellano,  
y el vulgo vengativo de los árabes,  
ponderando mi crimen á porfía,  
insultarán mi nombre y mi cadáver  
¡Maldita fué de mi nacer la hora!  
¡Maldito el sino que á la tierra traje,  
tigre sedienta de la sangre mía,  
sin que jamás con la vertida me harte!  
Y ¡no hay más esperanza, no! Si el pliego  
llega á sus manos, y su escrito sabe  
que conoce ya el vulgo, él mismo, airado,  
él mismo, por su honor, vendrá á matarme:  
sí, que no torcerá de su justicia  
la recta ley ni por su propia madre.  
Él morirá tras mí de pesadumbre, [re.....;  
de deshonor y de horror: si á tanto osa-  
mas osará, que es su ídolo la gloria,  
y es de justicia testimonio grande.  
¡Muera! ¡Retroceder es ya imposible;  
y ante el destino, que la ciencia calle.  
¡Muera, sí! Pues mi horóscopo lo ordena,  
no yo, sino el inferno es quien lo hace.  
(Vierte el licor del pomo en la copa de oro.)  
¡Cayó!..... ¡Veo á la muerte descarnada  
por detrás de los bordes asomarse  
de la ancha copa, y con la seca mano  
y sonrisa diabólica llamarme!

¡No, no hay remedio ya!..... Mas, ¿si no  
[bebe?]

¿Si hace un descuido que de copa cambie?  
Ambas á dos las dejaré servidas,  
y él tomará la que le esté delante.

(Llena de vino las dos copas, y pone la de oro, en que  
está el veneno, en el sitio del Conde.)

¡Cúmplase, pues, nuestro fatal destino,  
que tumba al uno de nosotros abre!  
¡Para uno de los dos guarda esa copa  
de la callada eternidad la llave!

(Cae en el sillón desfallecida.)

## ESCENA VIII

LA CONDESA y EL CONDE, después de contemplarla  
un momento.

EL CONDE

¡Madre mía!

LA CONDESA

(Espantada.)

¿Quién es? ¡Él!

EL CONDE

¿Qué os espanta  
de ese modo, señora, en mi semblante?

LA CONDESA

(¡Se me hiela la voz en la garganta!)  
Sancho, no extrañes si de mí delante  
viéndote, me turbé, que me quebranta  
saber que á lidiar vas. (¡Terrible instan-  
[te!])

EL CONDE

Tal es mi obligación: guardar mi tierra  
antes que en mala paz en buena guerra.

LA CONDESA

Siempre es la guerra tu primer deseo;  
tu primer pensamiento, las batallas;  
tu más galán y acomodado arreo,  
el casco duro y las tupidas mallas.  
Siempre dispuesto á pelear te veo;  
siempre á la paz inconvenientes hallas;  
y entretanto, tus pueblos desdichados  
quedan con lo mejor, pero asolados.